

El año de mil y seiscientos y cuatro, día de la Ascension del Señor, le dió Su Majestad un deseo tan encendido de subir en su compañía al cielo, y salir de la cárcel de este mundo, que se abrasaba en vivas llamas, y no le cabia en el pecho el corazón, y la cabeza se le encendió de manera que todos reconocieron que había tenido algun grande favor de Dios.

Desde aquel día no podía sosegar, ni atender á cosa de este mundo, anhelando siempre por su amado, gimiendo y suspirando por unirse con él.

Al entrar el año siguiente, en que se cumplia el plazo de los cuatro años, se retiró á una granja del colegio, adonde estuvo cerca de un mes, preparándose para la partida, con oracion, silencio, penitencia y dulces coloquios con Dios; y, conociendo que se llegaba su hora de partir de este mundo al Padre, volvió al colegio á despedirse de los que siempre había amado, y en aquella hora les dió nuevas muestras de amor.

Adoleció de una fiebre maliciosa, recibió los santos sacramentos con admirable devocion, y, cuando se confesó para morir, tardó lo mismo que en una reconciliacion para decir Misa; y no fué mucho, pues cada día se confesaba para decir Misa, como para morir.

Visitáronle el Arzobispo con sus capitulares, y el gobernador con los de su audiencia, y todas las personas de cuenta, así eclesiásticas como seglares, besándole la mano, y pidiéndole que se acordase de ellos delante de Dios.

Despidióse con grande ternura de los religiosos del colegio, con tanta seguridad y paz como si partiera de un colegio á otro; tales prendas le había dado Dios de la gloria que le esperaba, y que presto le había de dar.

Tuvo á su vista la imágen del Niño Jesus, con quien tuvo siempre tan cordial devocion, requebrándose con él con dulcísimos coloquios; y, llegando á esta sazón la música de nuestro colegio, le cantaron un motete en español, y con la dulzura del cántico, levantó los ojos y las manos al cielo, y así suspendido de los sentidos, como otro Moisés, dió su espíritu en las manos del Señor, á diez y siete de febrero de mil y seiscientos y cinco, á los cuarenta y ocho años de su edad, veinte y nueve de Compañía y doce de profesion.

Su rostro quedó hermoso, y el cuerpo tratable como cuando estaba vivo.

En divulgándose su muerte, acudió toda la ciudad á venerarle y besar sus manos, como de hombre santo, pidiendo á porfía alguna de sus alhajas por reliquia.

El entierro fué solemnísimó, concurriendo toda la ciudad, y predicó, cuerpo presente, su confesor, como testigo ocular de sus heróicas virtudes.

La Congregacion de nuestra Señora le hizo tambien sus honras, como á su Padre y primer fundador.

Algunos milagros se cuentan que obró Dios por su medio, y apariciones

despues de muerto, á personas afligidas, hijos suyos espirituales; mas no están muy calificados, y por esto no los refiero aquí: que referir cosas dudosas semejantes de personas de tanta opinion, en lugar de alentar la que tienen, la retardan, y ponen en duda las cosas grandes que se dicen de ellas con verdad.

Lo cierto es, que este siervo de Dios fué persona de conocida santidad, ejemplo de religiosos y Prelados, de purísima vida y excelentes virtudes, que es el primer milagro que debemos buscar en las personas santas, y lo que debemos imitar.

Diez años despues de su muerte, viviendo su dulce memoria en sus hijos espirituales, desearon recoger su cuerpo y ponerle en lugar más decente, y pudo ser que esperasen hallarle entero, por el alto concepto que tuvieron siempre de él; y, habida licencia de los superiores, abrieron su sepultura, y hallaron los huesos, consumida la carne, pero sin el horror que á los otros muertos, porque despedian de sí una fragancia suave. Juntáronlos todos en una caja, y colocáronlos en otro lugar más decente, juzgando que merecia mejor túmulo quien había merecido tanta gloria, y se había adelantado tanto en el servicio de Dios.

Uno de los que se hallaron presentes á esta traslacion, reservó un artejo para traerle por reliquia, y sirvió de testigo de lo referido; porque á vista de todos despedia de sí aquella fragancia de olor, y, como si fuera de algun santo canonizado, le llevaba á los enfermos, confiando que por su medio habían de alcanzar salud; efectos de su piedad y del gran concepto que tenia de su santidad.

El mismo tuvieron todas las personas graves que le conocieron y trataron, así de la Compañía como de fuera, de que hace un cumplido catálogo el Padre Francisco Colin, Provincial de la Compañía en aquellas islas, en la *Historia* que escribió de ellas, adonde pone su vida, al fin del *libro tercero*; por muchos capítulos, de la cual se ha copiado lo que se ha referido aquí.

P. ANDRADE.

## P. JUAN DEL CAMPO

SIENDO seglar el P. Juan del Campo, estudió teología en Salamanca, de donde era natural, y despues fué á Roma á pretensiones, donde como á otro S. Pablo, le cercó una luz extraordinaria, y oyó una voz y habla inte-

rior, que no le quedó duda sino que era de Dios, que le dijo se entrase en la Compañía, que le importaba este estado para su salvacion.

Pidió allí á nuestro Padre General le admitiese en la Compañía; concedióselo, y vino á España con el P. Miguel Márcos (cuyo discípulo habia sido en Salamanca) cuando volvió de Roma, donde habia ido electo Procurador por la Congregacion Provincial de Castilla.

Fué enviado á Villagarcía á ser novicio, habiendo primero estado en Salamanca, y hecho donacion de su hacienda á aquel colegio.

En Villagarcía, segun refirió en una carta el venerable P. Luis de la Puente, que fué su Maestro de novicios, para el P. José de Acosta, cuyas palabras son estas que se siguen: «Señalóse sin encarecimiento en una rara humildad, »modestia, obediencia, y grandes ganas de padecer.

»Enviándole á Leon en peregrinacion, se le apareció en el camino Cristo nuestro Señor, y le concedió un don de oracion continua y muy levantada, con grandes ánsias de padecer martirio, y de ir entre infieles á las Filipinas y China, para convertirlos á nuestra santa fe.

»Todo el tiempo que despues estuvo aquí en Villagarcía, por casi un año, eran muy continuas las visiones y revelaciones que tuvo, que no me he podido acordar de ellas; pero sé que con mucho cuidado las examinaba, y me parecia era Dios el que le guiaba.

»De aquí fué enviado á Salamanca á acabar sus estudios, y, sin perder punto del estudio, proseguia el don de oracion, de que soy testigo, porque me hallé allí en cierta ocasion, y me dió parte de sus cosas.

»Estando allí enfermo el P. Montoya, Vice-provincial, me fué á decir que cuidase de su alma, porque se habia de morir; y, preguntándole cómo lo sabia, respondió que, entrando en su aposento á visitarle, habia visto tendido á la puerta, un hombre amortajado, y que habia entendido era el P. Montoya, y como lo dijo sucedió, que murió dentro de ocho dias.

»Diciéndole yo que no hiciese caso de tantas visiones, y andando él congojado con esto de si eran todas de Dios ó algunas de su imaginacion, le dijo nuestro Señor en la oracion:—«Cuando tienes hambre, y te dan una rama cargada de fruta, ¿qué haces?» y él respondió:—«Señor, cómo la fruta, y arrojó la rama.» Dijo nuestro Señor:—«Pues esto has de hacer con estas visiones; toma la fruta de ellas, que son los deseos fervorosos de humildad, paciencia y otras virtudes, y, séase cuya se fuere la vision, no hagas tanto caso de eso.

»De Salamanca fué enviado al colegio de Avila; allí trabajó en los ministerios.

»Con extraordinario fervor pidió ir á las Indias Filipinas, porque este deseo siempre hervia en su corazon. Esto es lo que me he podido acordar de este

Padre, y, si me acordara de lo particular que con él me pasó, fuera cosa de mucho lustre para la historia de la Compañía.» Hasta aquí son palabras del santo P. Luis de la Puente.

En el colegio de Avila estuvo dos años, en los cuales, segun refirió el Superior que tuvo, y los Visitadores que visitaban; nunca jamas, ó muy rara vez durmió en cama, cuando no estaba enfermo; y así le era fácil las fiestas levantarse dos horas ántes que los demas á salir á predicar y hacer la doctrina por los lugares de la comarca.

Volvia sudado, cansado y en ayunas á cenar á casa, y alguna vez, siéndole forzoso detenerse allá el domingo en la noche, volvia el lunes de mañana, ántes que se levantasen en casa, por no hacer falta á la clase que leia de medanos.

Traia en los brazos dos rollos de hoja de lata, y en el cuerpo un saco de silicio.

Partió despues á las Filipinas, y dejó en este colegio una disciplina, que puede por cierto servir de reliquia, con una bola de cera como una nuez, con cuatro clavos en ella llenos de sangre y aún de carne.

Andaba en continua oracion, y alguna vez le hallaban en ella absorto y fuera de sí.

En las Indias perficionó su fervor, para acabar tan santamente como vivió.

La Historia de la Compañía y de las Filipinas, dará lo que aquí falta de este gran siervo de Dios.

P. NIEREMBERG.

## P. FRANCISCO ALMERIQUE

EN la Historia de las Filipinas, que escribe Pedro Chirino, hallo que hace relacion, aunque breve, de la vida y muerte de este siervo de Dios, y pondré aquí lo que de él dice.

Fué apostólico operario el P. Francisco Almerique, y su santo celo le llevó desde Italia, de donde era natural, á la Nueva-España, y desde allí, por hacer mayor sacrificio á Dios, pasó á las Filipinas á buscar almas para Cristo, destituidas y desamparadas, sin tener quien las alumbrase con la luz del Evangelio.

En Manila primero, y despues en la doctrina de Tartay, que contiene algunos pueblos y buen número de almas, se ejerció en apostólicos ministerios, con grandísima satisfaccion de todos los que le trataban; porque con su gran humildad y mansedumbre era amado y deseado, seguido y obedecido, honrado y respetado y tenido por santo.

En Manila convirtió algunos gentiles, principalmente un Sangley china, que fué de grandísima edificacion, y vivió ejemplarísimamente.

En Tartay redujo innumerables filipinos. Hacia cada día venir á la iglesia á los niños y á los viejos para enseñarles la doctrina, los niños siempre, los viejos hasta que la sabian. Daba á cada viejo un niño que le enseñase, el cual tenia cuidado de avisar cómo el viejo sabia; y entónces, dando el viejo buena cuenta, le daba licencia que no acudiese sino con el resto del pueblo los domingos.

Hacia tocar la campana á las Ave-Marías al amanecer, á mediodía y á la noche: y, fuera de esto, tenia quien cada noche tuviese cuidado de andar por las calles con una campanilla, amonestando á voces gran oracion por las ánimas del Purgatorio, y por los que están en pecado.

Estos casos, entre otros píos y devotos, habia introducido en estos pueblos el P. Almerique.

Levantó tres buenas iglesias, y adornólas de imágenes, colgaduras y buenos ornamentos, y ganó la voluntad de estos indios, de suerte, que pasando la voz de ellos á sus vecinos, se le venian aún los salvajes, que estaban escondidos por los montes; y así se vinieron á acrecentar mucho estos pueblos, como luego veremos.

En particular habia un indio llamado Sayor, por propio sobrenombre, que quiere decir robador (verdaderamente tal en los hechos, y salvaje en la vida), que sin casa ni habitacion vivia por los montes y cuevas, sustentándose de culebras que mataba, cuando no hallaba otra caza. Era (aunque ya mayor de edad) de increíble ligereza en correr y saltar, disposicion y propiedad natural de las mismas fieras. A éste temian de suerte los pueblos comarcanos, que cuando entraba en alguno, huian de él como de fiera, teniéndole por lobo furioso, y con esta violencia tomaba lo que queria. Este hombre andaba en cueros vivos, sólo con unos pañetes bien pobres, ceñido un puñal, y en su mano su arco y flechas.

Toda esta fiereza, á la fama de las virtudes cristianas, se vino á sujetar al yugo de Cristo, buscando á sus ministros para que le diesen el bautismo, como lo consiguió despues de probado algunos años.

Bautizóse con gran solemñidad y demostracion de alegría y eficacia de este Sacramento. Púsosele por nombre Pablo, del cual él se preciaba tanto

desde entónces, que llamándole alguna vez inadvertidamente por su sobrenombre antiguo, mostraba con mucho donaire y cristiandad tanto sentimiento y desden, cuanto gusto y honra del nombre cristiano, y así respondia á quien le llamaba Sayor: «No Sayor, sino Pablo.»

Procedió de allí adelante con piedad, sujecion y mansedumbre cristiana, refiriendo algunas veces sus brutalidades antiguas y caza de culebras, que segun decia, eran tan grandes, que se tragaban los hombres y gamos y otros animales.

A este modo fueron viniendo, el tiempo que aquí estuvo el P. Francisco Almerique, no uno como éste, sino pueblos enteros, dándoles el santo Padre sitio, y ayudándoles á hacer las casas.

En el pueblo de Antípola, en sólo un año, que fué el de noventa y cuatro ó noventa y cinco, fueron casi mil almas las que se llegaron, de las cuales bautizó ese mismo año más de quinientas: habian venido de unos montes muy ásperos, léjos de allí, donde tenian sus casas y sementeras, desamparándolo todo por el amor y estima de nuestra santa fe.

No quedaron allá sino unos cotolones, que así llaman á los sacerdotes de sus ídolos; lo cual sabido, puso el siervo de Dios diligencia en que quien lo podia hacer los quitase de allí, para extinguir este escándalo de los flacos. Hízose, y con mucha suavidad, trayéndolos á las manos, donde el siervo de Dios con su santa prudencia, y con el ejemplo de su buena vida, allanó al principal de ellos, á quien reconocian los demas, y los bautizó á todos.

Decia éste, que era mayor su Anito (así llaman á sus dioses) que los de los otros; y por eso le reconocian por superior. Apoderábase de él el demonio cuando le ofrecia sus infames sacrificios, y haciale hacer muchísimos feisimos visajes, y le trenzaba los cabellos, que, por particular profesion, él traia largos como de mujer. Mas él por començar por ellos, como la Magdalena, se los cortó públicamente, y con ellos las fuerzas al demonio que le tenia cautivo; y bautizándose, obligó á los otros con su ejemplo á hacer lo mismo, como lo hicieron, entregando sus idolillos al fuego, donde fueron abrasados.

En el bautismo de estos quinientos, dos fueron de muy particular y admirable providencia de nuestro Señor, de dos viejas, que á lo ménos la una mostraba tener más de cien años, y ambas habian bajado de los montes con deseo del santo Bautismo, el cual apenas acabaron de recibir, cuando, dejando esta vida mortal, que ya no podia ir adelante con la carga de tanta vejez, se renovaron y mejoraron con la eterna, para lo cual nuestro Señor las habia guardado tantos años.

Ni fueron solos los Tagalos (que así llaman la gente más blanca y más política de Manila) los que bajaron de los montes, y vinieron á ponerse al lado

con los hijos de la nueva Jerusalem, que es la santa Iglesia, multiplicando el número y engrandeciendo el alegría de ver que la viña del Señor producía nuevas plantas, extendiendo sus sarmientos, hasta penetrar el mar; sino que tras los hombres los jumentos, esto es, los negrillos más fieros y montaraces vinieron dando de manos á ponerse en las de sus ángeles veloces, mandados ir á esta gente abatida y destrozada.

Con la cosecha que veía tan copiosa el P. Almerique, porque á porfía se le venían los pueblos enteros, dejando á otros el cuidado de los ya ganados, se empleaba en ganar y traer otros de nuevo.

No se pasaba día de fiesta ni domingo que no predicase, y muchas veces decía dos Misas, y hacía dos sermones en dos diversos pueblos. Y porque esta gente con todas sus cosas acudía al Padre, lo ordinario, acabada la Misa, le acaecía siempre estarse respondiendo y consolando sus indios, con una paciencia incansable, sin desayunarse hasta muy tarde, dos y tres horas despues de mediodía. Ibasele el alma tras uno de estos pobres; y tanto con más afición, cuanto más vil era el indio.

Al paso que este siervo de Dios aprovechaba á los indios, se aprovechaba á sí mismo, edificándose de ellos y confundándose á sí con tanta humildad, como significa en una cláusula de una carta que escribió á su Superior, donde dice estas palabras: «He dado gracias á nuestro Señor, que les da en esto á sentir el bien de su salvacion, y por haber hallado aquí lo que yo pudiera desear para mi contento, por el aparejo grande que hay de servir á nuestro Señor de parte de esta gente y su buena disposicion, y emplearse en su provecho; y así hartas veces me he confundido, y me parece en toda verdad, me hacen ventaja en hacer lo que Dios pide de ellos; y por otra parte he recibido tal contento, cual yo nunca me acuerdo haber tenido despues que estoy en la Compañía, ni en ninguna parte me he hallado tan consolado como aquí; porque es gran cosa estar entre mucha gente buena y poca mala, que raramente se halla en el mundo.»

De estas palabras se coligen dos cosas bien dignas de alabanza en este siervo de Dios. La primera, su gran celo y diligencia en cultivar aquellos bárbaros; pues les volvía tan mansos y rendidos al yugo de Cristo, que en la observancia cristiana podían ser ejemplo y envidia á los religiosos: la segunda, la grande humildad de este apostólico varon; pues estando tan adornado de virtudes heróicas, se confundía del ejemplo que podía dar gente tan bárbara.

Andaba entre ella muy interior; y en tan continuo trato con los indios y ocupacion se le comunicaba Dios nuestro Señor muy familiar y afectuosamente, trayéndole siempre presente con muy frecuente y fervorosa oracion.

Esta alcanzó en grado tan levantado, que los que muy en particular le tra-

taron afirmaban, que *erat divina patiens*, usando del modo de decir del glorioso S. Dionisio; y así se admiraban todos de ver juntas una oracion tan alta y tan sublime con accion tan continua y ocupada.

En esta correspondencia fué su muerte pacífica y descansada, alegre y llena de consuelo del cielo en el colegio de Manila, donde le trujeron á curar, recibidos los santísimos Sacramentos con mucha devocion, domingo primero de adviento, al mismo tiempo que todas las iglesias tocaban las Ave-Marías, á 2 de diciembre de 1601, día del glorioso tránsito de S. Francisco Javier, cuyo verdadero imitador fué siempre.

Fuó su muerte bien sentida y llorada, y con lágrimas y solemnidad celebradas sus exequias, y colocado su cuerpo en la capilla mayor de nuestra iglesia de Manila, delante de las gradas del altar mayor.

Cogióle la muerte muy bien, ocupado en trabajos apostólicos.

No tuvo otra enfermedad más que los mismos trabajos, que le fueron por espacio de casi veinte años gastando y adelgazando de modo que la primera calentura, sin resistencia, lo acabó en cinco días.

Estaba actualmente formando unos pueblos de indios y otros de negros, que en Manila llaman itas, que los había traído de unas sierras ásperas, y persuadídoles á poblar en un bello y apacible sitio fértil y agradable, como dos ó tres leguas de Antípola, poniendo á este nuevo pueblo nombre de Santiago.

De este siervo de Dios hará otro más larga historia; yo solamente he puesto aquí lo que dice la *Historia de las Filipinas*, en el cap. 77 y en el 20.

P. NIEREMBERG.

## P. FRANCISCO DE OTAZO

FUÉ el P. Francisco de Otazo, natural de la villa de Alcocer, originario de la de Priego, diócesis de Cuenca, de la noble prosapia de los Otazos, que se hallaron con el rey D. Alonso en las Navas de Tolosa, y tomaron á fuerza de armas las cadenas del palenque donde estaba el Miramamolín, principio de aquella nobilísima vitoria, á cuya causa el linaje de los Otazos puso en su escudo de armas la cadena ondeada en campo de oro.

Criaron sus padres á Francisco con la cristiana edificacion que ellos profesaban, y crecía con la edad en la virtud, á que fácilmente le inclinaba su buen